

trabajo repasar el río. La magnitud del peligro les hizo olvidar el complot fraguado contra Iván, que les siguió en su retirada.

Cuando la partida en desorden atravesaba el Tereck, cuyas aguas son muy rápidas, el caballo de un joven tchetchege cayó en medio del río y fué arrastrado por las olas. Iván, que le seguía, empujó su caballo hacia la corriente á riesgo de ser arrastrado él mismo, y cogiendo al joven en el momento en que iba á desaparecer bajo las aguas, consiguió llevarle á la otra orilla. Los cosacos, á favor del día que empezaba á clarear, le reconocieron en su uniforme y en su gorra, y apuntáronles sus fusiles, gritando :

— ¡Desertor! ¡Coged al desertor!

Sus ropas fueron acribilladas á balazos. En fin, después de haberse batido desesperadamente, y haber disparado todos sus cartuchos, volvió al pueblo con la gloria de haber salvado la vida á uno de sus compañeros y de haberse hecho útil á toda aquella gente.

Si la conducta observada en esta ocasión no le atrajo todos las voluntades, le conquistó al menos un amigo : el joven á quien había salvado le adoptó por su *Koniak*, — título sagrado que los montañeses del Cáucaso no violan jamás, — y juró defenderle contra todos. Esta unión, sin embargo, no bastaba á ponerle al abrigo del odio de los principales habitantes. El valor que acababa de demostrar, la adhesión á su amo, aumentaron los temores que les había inspirado. No podían ya mirarle como un bufón incapaz de ninguna empresa, como habían hecho hasta entonces; y cuando

se dicurría acerca de la expedición malograda, en la cual había tomado parte, se extrañaban de que las tropas rusas se encontraran en sitio tan alejado de su residencia ordinaria, y sospecharon si habría encontrado medios de prevenirlas. Aunque esta conjetura no tuviera fundamento real, le vigilaron más de cerca. El viejo Ibrahim mismo, temiendo algún complot para la evasión de sus prisioneros, no les permitía ya tener entre sí conversación seguida, y el valiente denchik se veía amenazado — y á veces hasta le pegaban — cuando quería conversar con su amo.

En esta situación, ambos prisioneros imaginaron un medio de hablar sin que su guardián sospechara. Como estaban acostumbrados á entonar juntos canciones rusas, el comandante tomaba su guitarra cuando tenía algo importante que comunicar á Iván en presencia de Ibrahim y cantaba preguntándole : contestaba el asistente en el mismo tono, y su amo le acompañaba con la guitarra. No siendo esto ninguna novedad, nadie cayó nunca en el secreto de esta estratagema, que tuvieron la precaución, además, de no emplear sino raramente.

Más de tres meses habían transcurrido desde la expedición desgraciada de referencia, cuando Iván creyó advertir una agitación extraordinaria en el pueblo. Algunas mulas cargadas de pólvora habían llegado de la llanura. Los hombres limpiaban sus armas y preparaban cartuchos. Muy luego supo que disponían una gran expedición. Toda la comarca debía reunirse para atacar á un pueblo vecino que se había puesto bajo el

amparo de los rusos, y á quienes habían permitido construir un reducto en su territorio. Trabábase nada menos que de exterminar á todo el pueblo, así como al batallón ruso que protegía la construcción del fuerte.

Algunos días después, Iván, al salir de su retiro por la mañana, encontró el pueblo desierto. Todos los hombres en estado de manejar las armas habían salido durante la noche. En la vuelta que dió por el pueblo á fin de tomar informes, adquirió nuevas pruebas de las malas intenciones que contra él tenían. Los ancianos evitaban hablarle. Un muchacho le dijo abiertamente que su padre quería matarle. En fin, cuando volvía pensativo al lado de su amo, vió sobre la azotea de una casa á una joven que levantó su velo, y que, con las señales del mayor espanto, le hizo signos con la mano para que se alejara, indicándole el camino de Rusia: era la hermana del tchetchege á quien había salvado en el paso del Tereck.

Cuando entró en la casa, encontró al viejo guardián ocupado en inspeccionar los hierros de Kaskambo. Una tercera persona eslaba sentada en el cuarto: era un hombre á quien las fiebres intermitentes habían impedido seguir á sus camaradas, y que habían enviado cerca de Ibrahim para aumentar la guardia de los prisioneros hasta el regreso de los habitantes. Iván notó esta precaución sin demostrar la menor sorpresa. La ausencia de los hombres del pueblo presentaba una ocasión favorable para la ejecución de sus proyectos; pero la vigilancia más activa de su guardián, y sobre todo la presencia del atacado de fiebres, hacían el

éxito muy inseguro. Sin embargo, su muerte era inevitable si esperaba el regreso de los habitantes; preveía que la expedición saldría frustrada y que infaliblemente sería víctima de su rabia. No le quedaba otro recurso que abandonar á su amo ó libertarle en seguida. El fiel servidor hubiera arrostrado mil muertes antes que elegir lo primero.

Kaskambo, que empezaba á perder toda esperanza, había caído desde hacía algún tiempo en una especie de estupor, y guardaba profundo silencio. Iván, más tranquilo y más alegre que de costumbre, se excedió á sí mismo en los preparativos de la comida, que hacía cantando canciones rusas, á las que mezclaba palabras de ánimo para su amo.

— Ha llegado el tiempo, decía, añadiendo á cada frase el estribillo insignificante de una canción popular rusa; *¡ay luli! ¡ay luli!* ha llegado el tiempo de acabar nuestras penas ó de perecer. Mañana *¡ay luli!* estaremos en camino de una ciudad, de una hermosa ciudad *¡ay luli!* que no quiero nombrar, ¡ánimo, señor! No os desalentéis; el Dios de los rusos es grande.

Kaskambo, indiferente á la vida y á la muerte, no conociendo los proyectos de su denchik, se contentó con decirle:

— ¡Haz lo que quieras y cállate!

Hacia la noche, el guardián atacado de calenturas, á quien habían tratado generosamente para retenerlo, y que además de la buena comida que había hecho se había divertido el resto del día comiendo *chistlik*¹ fué

1. Carne de carnero asada en trozos pepueños.

atacado de tan violento acceso de fiebre, que abandonó el puesto y se retiró á su casa. Dejaronle ir sin mucha dificultad, puesto que Iván había llegado á tranquilizar completamente al viejo con su buen humor. Para alejar todavía más y más toda especie de desconfianza, retiróse muy temprano al fondo del cuarto, y se acostó sobre un banco contra la pared, esperando que Ibrahim se durmiera; pero éste último había resuelto velar toda la noche. En vez de acostarse sobre una estera cerca del fuego, como hacía ordinariamente, sentóse sobre un tronco frente á su prisionero, y despidió á su nuera que se retiró á la habitación vecina, donde estaba su hijo, y cerró la puerta.

Desde el ángulo obscuro en que se había colocado, Iván contemplaba atentamente el espectáculo que tenía ante sí.

Al resplandor del fuego que llameaba de tiempo en tiempo, brillaba un hacha en un rincón de la pared. El viejo, vencido por el sueño, dejaba caer á veces la cabeza sobre el pecho. Iván vió que era el momento, y se puso de pie. El carcelero, receloso, lo advirtió en seguida :

— ¿Qué haces ahí? le dijo duramente.

Iván, en vez de contestar, se acercó al fuego, bostezando como hombre que sale de un sueño profundo. El mismo Ibrahim, que sentía también cerrársele los ojos, obligó á Kaskambo á que tocara la guitarra para mantenerle despierto. Este último se negaba á ello; pero Iván le presentó el instrumento haciendo la señal convenida.

— Tocad, señor, le dijo, tengo que hablaros.

Kaskambo templó el instrumento, y poniéndose á cantar, empezaron juntos et terrible duo siguiente :

KASKAMBO.

¡Ay luli, ay luli! ¿Qué me quieres decir? ¡Ten cuidado por ti mismo!

(*Á cada pregunta y á cada respuesta, cantaban juntos las coplas de la canción rusa siguiente :*)

Estoy triste, estoy inquieta,
No sé qué pasa por mí;
Mi amigo debe llegar
Y sola le aguardo aquí.
¡Ay luli! ¡ay luli!
¡Qué triste vivo sin ti!

IVÁN.

¡Ved esa hacha; pero no la miréis! ¡Ay luli, ay luli!
Yo partiré la cabeza á este bribón.

Yo me siento ante la rueca,
Se rompe el hilo en mi mano.
Vamos : hilaré mañana,
Hoy no me encuentro con ánimo.
¡Ay luli! ¡ay luli!
¿Qué hará mi amigo sin mí?

KASKAMBO.

¡Muerte inútil! ¡Ay luli! ¿Cómo he de huir con mis hierros?

Cual ternerilla á su madre,
Cual pastor á sus ovejas,
Como el cabrito en el valle

Busca la temprana hierba,
¡Ay luli! ¡ay luli!
¡Á mi amigo busco así!...

IVÁN.

La llave de los hierros estará en el bolsillo del bandido.

Cuando yo bajo á la fuente
En la mañana por agua,
Sin pensarlo, con mi cántaro,
Sigo la senda que acaba,
¡Ay luli! ¡ay luli!
Donde he de hallarte á ti.

KASKAMBO.

La mujer dará la alarma. ¡Ay luli!

¡Ay! de esperar me consumo,
Y lejos de mí el ingrato,
Tal vez con otros amores
De mí se estará olvidando.
¡Ay luli! ¡ay luli!
¿Le habré perdido? ¡ay de mí!

IVÁN.

Suceda lo que quiera : ¿no os morís lo mismo, ¡ay luli! de pena y de inanición?

¡Ah! Si me ha de abandonar,
Si es verdad lo que recelo,
El pueblo tiene que arder
Y yo también con el pueblo.
¡Ay luli! ¡ay luli!
¡No quiero vivir sin ti!

El viejo prestaba atención, y ellos rodoblaron los *¡ay luli!* con un sonoro arpeggio.

—Tocad, señor, prosiguió el denchik, tocad la cosaca; voy á danzar al rededor del cuarto para alcanzar el hacha : tocad sin temor.

KASKAMBO.

Pues bien, sea ; se acabará este infierno.

Desvió la cabeza y púsose á tocar con todas sus fuerza la danza pedida.

Iván comenzó los pasos y las actitudes grotescas de la cosaca, que gustaban particularmente al viejo, dando saltos y piruetas y lanzando gritos para distraer su atención.

Cuando Kaskambo comprendía que el bailarín estaba cerca del hacha, su corazón palpitaba de inquietud : este instrumento de su libertad estaba en un armario sin puerta, construido en el muro, pero á una altura á la cual Iván apenas alcanzaba. Para tenerla á su alcance, aprovechó un momento favorable, la cogió de repente y la dejó en el suelo, en la sombra que proyectaba el cuerpo de Ibrahim. Cuando éste le miró, estaba ya lejos de allí y continuaba el baile.

Esta peligrosa escena duraba hacia ya mucho tiempo, y Kaskambo, cansado de tocar, empezaba á creer que faltaba valor á su denchik, ó que no había juzgado la ocasión favorable. Lanzóle ardiente mirada en el momento en que, habiéndose apoderado del hacha, el in-

trépido bailarín avanzaba con paso firme para herir al viejo bandido. La emoción que experimentó el comandante fué tan fuerte, que dejó de tocar y la guitarra cayó sobre sus rodillas. En el mismo instante el viejo se inclinó y dió un paso hacia adelante para echar al fuego unas ramas : las hojas secas se inflamaron arrojando gran claridad en el cuarto; Ibrahim se volvió para sentarse.

Si en esta ocasión Iván hubiese intentado su empresa, se hacía inevitable un combate cuerpo á cuerpo : se hubiera dado la alarma, lo que era preciso, sobre todo, evitar; pero su presencia de ánimo le salvó. Cuando advirtió la turbación del comandante y vió levantarse á Ibrahim, dejó el hacha tras del tronco mismo que servía de asiento á este último, y empezó de nuevo la danza.

— ¡Tocad, diantre! dijo á su amo. ¿En qué pensáis?

El comandante, reconociendo la imprudencia que había cometido, púsose á tocar de nuevo lentamente. El viejo carcelero no abrigó ninguna sospecha y volvió á sentarse; pero les ordenó que terminaran la música y se acostaran. Iván se dirigió tranquilamente á tomar la funda de la guitarra y fué á colocarla en el hogar; pero en vez de recibir el instrumento que le presentaba su amo, cogió de repente el hacha de detrás de Ibrahim y le asestó tan terrible golpe en la cabeza, que el desgraciado no lanzó ni un suspiro siquiera y cayó cadáver con el rostro en el fuego : su larga barba gris se inflamó; Iván lo apartó por los pies y le cubrió con una estera.

Escuchaban durante un momento para saber si la mujer se había despertado, cuando, extrañada ésta, sin duda, del silencio que reinó después de tanto ruido, abrió la puerta de su cuarto.

— ¿Qué hacéis aquí? dijo avanzando hacia los prisioneros. ¿Qué olor es ése de pluma quemada?

El fuego acababa de ser dispersado y casi no proyectaba ya claridad. Iván levantó el hacha para hierirla; pero ella tuvo tiempo para desviar la cabeza y recibió el golpe en el pecho, lanzando un terrible gemido; otro golpe, más rápido que el relámpago, la alcanzó en su caída y la extendió, muerta, á los pies de Kaskambo. Espantado el comandante, por esta segunda muerte, que no esperaba, y viendo que Iván se dirigía hacia el cuarto del niño, se colocó delante de él para detenerle.

— ¿Adónde vas, desgraciado? le dijo. ¿Tendrás la barbarie de sacrificar también á ese niño, que me ha demostrado tanta amistad? Si á ese precio me libras, ni tu adhesión ni tus servicios podrán salvarle cuando llegemos á la línea.

— Allí, contesto Iván, haréis lo que queráis; pero aquí, es preciso acabar.

Kaskambo, reuniendo todas sus fuerzas, le cogió por el cuello cuando quería forzar el paso.

— ¡Miserable! le dijo, si te atreves á atentar contra su vida, si tocas uno solo de sus cabellos, juro aquí, delante de Dios, que me entrego yo mismo en manos de los tchetchenges, y tu barbarie será inútil.

— ¡En manos de los tchetchenges! repitió el denchik levantando su ensangrentada hacha sobre la cabeza de

su amo. ¡Jamás os cogerán vivo! Yo los degollaré á ellos, á vos y á mí antes que esto suceda. Este niño puede perdernos dando la alarma; en el estado en que estáis, las mujeres bastan para reduciros á prisión.

— ¡Deténte, deténte! exclamó Kaskambo, de cuyas manos procuraba Iván desprenderse. ¡Deténte, monstruo! ¡Has de matarme á mí antes de cometer ese crimen!

Pero embarazado por sus hierros y débil como se encontraba, no pudo retener al joven feroz, que lo rechazaba, y cayó pesadamente en tierra, próximo á desfallecer de horror y de sorpresa. Mientras, manchado con la sangre de las primeras víctimas, hacía esfuerzos para levantarse:

— ¡Iván! gritaba. ¡No le mates! ¡En nombre de Dios, no derrames la sangre de esa infeliz criatura!

Y corrió en socorro del niño cuando encontró fuerzas; pero al llegar á la puerta del cuarto tropezó en la obscuridad con Iván que volvía.

— Señor, todo ha terminado; no perdamos tiempo, y no hagáis ruido. Na hagáis ruido, os digo, contestó á los reproches desesperados de su amo, lo hecho, hecho está; ahora no es posible retroceder. Hasta que nos veamos libres, todo hombre á quien encuentre morirá ó me matará á mí; y si alguno entra aquí antes de nuestra partida, no miraré si es hombre, mujer ó niño, si es amigo ó enemigo: le tiendo ahí con los otros.

Encendió un tronco resinoso y se puso á registrar la cartuchera y los bolsillos del bandido; la llave de los hierros no estaba allí; buscóla también en vano en el

vestido de la mujer, en su cofre y por todas partes donde creyó que podría estar escondida. Mientras hacía estas pesquisas, el comandante se abandonaba sin prudencia á su dolor; Iván le consolaba á su manera:

— Hariais mejor, le decía, en llorar por la llave de los hierros que se ha perdido. ¿Qué tenéis que sentir por esta raza de bandidos que os han atormentado por espacio de quince meses? Querían hacernos morir. Pues, bien: á ellos les tocó la vez antes que á nosotros. ¿Es culpa mía? ¡Que el infierno los trague á todos!

Sin embargo, no encontrándose la llave de los hierros, tanta muerte resultaba inútil si no lograba romperlos. Iván, con un pico del hacha, logró romper el anillo de la mano; pero el que unía la cadena á los pies resistió á todos sus esfuerzos: temiendo lastimar á su amo, no se atrevía á emplear toda su fuerza.

Por otra parte, la noche avanzaba, y el peligro se hacía inminente: decidieron marcharse. Iván ató fuertemente la cadena á la cintura del comandante, de manera que le incomodara lo menos posible y no hiciera ruido. Puso en unas alforjas un cuarto de carnero, resto de la comida de la víspera, al que añadió otras provisiones, y se armó con la pistola y el puñal del muerto. Kaskambo se apoderó de su *burka*¹; salieron en silencio, y dando la vuelta á la casa para evitar todo encuentro, tomaron el camino de la montaña, en vez de

1. Capote de pieles, impermeable, que tiene mucho parecido con una piel de oso. La *burka*, abrigo usual de los cosacos, no se fabrica más que en su país: con él desafían impunemente la lluvia y el barro durante sus largas correrías.

seguir la dirección de Mosdok y el camino ordinario, previendo que podrían seguirles por aquel lado.

Transpusieron durante la noche las alturas de su derecha, y cuando el día comenzaba á clarear, entraron en un bosque de hayas que coronaba toda la montaña y que les puso á cubierto del peligro de ser vistos de lejos. Era en el mes de febrero: el terreno en aquellas alturas, y sobre todo en el bosque, estaba todavía cubierto por una nieve endurecida que sostuvo el peso de los viajeros durante la noche y una parte de la mañana; pero hacia el medio día, cuando el calor del sol empezó á derretirla, se hundían á cada paso, lo que hizo que su marcha fuera muy lenta.

Así llegaron penosamente costeano un profundo valle que debían atravesar y en el fondo del cual había desaparecido la nieve; una senda seguía las sinuosidades del riachuelo y anunciaba que el sitio era frecuentado. Esta consideración, unida á la fatiga que abrumaba al comandante, decidió á los viajeros á permanecer en aquel sitio para esperar la noche, estableciéndose entre algunas rocas aisladas que sobresalían de la nieve. Iván cortó algunas ramas de abeto, para hacer sobre la nieve un lecho espeso en que se acostó el comandante. Mientras éste descansaba, Iván procuraba orientarse. El valle, en la cúspide del cual se encontraba, estaba rodeado de altas montañas, entre las cuales no se descubría salida alguna; vió que era imposible evitar el camino practicado y que era preciso necesariamente seguir el curso del torrente para salir de aquel laberinto.

Eran cerca de las once de la noche, y la nieve empe-

zaba á endurecerse cuando bajaron al valle. Pero antes de marchar, prendieron fuego á su improvisado albergue, tanto para calentarse, como para preparar una comida de chislik, de que tenían gran necesidad. Un puñado de nieve fué su bebida y un trago de aguardiente acabó el festín.

Atravesaron el valle con toda felicidad sin ver á nadie, y entraron en el desfiladero, donde el camino y el torrente se encontraban opresos entre altas montañas cortadas á pico. Marchaban con toda la celeridad que les era posible, comprendiendo el peligro que corrían de ser encontrados en aquella garganta, de la que no salieron hasta las nueve de la mañana.

Entonces fué tan sólo cuando el sombrío desfiladero se abrió de repente, y descubrieron al otro lado de las montañas más bajas que se cruzaban ante ellos el inmenso horizonte de Rusia, parecido á un mar lejano. Dificilmente podría nadie formarse idea del placer que sintió el comandante ante este espectáculo inesperado.

— ¡Rusia! ¡Rusia! fué la única palabra que pudo pronunciar.

Los viajeros se sentaron para descansar y gozar de antemano la perspectiva de su próxima libertad. Este presentimiento de dicha se mezclaba en el espíritu del comandante con el recuerdo de la horrible catástrofe de que acababa de ser testigo, y que sus hierros y sus ropas manchadas de sangre traían vivamente á su memoria. Fijos sus ojos en el término lejano de sus trabajos, calculaba las dificultades de su viaje. El aspecto del largo y peligroso camino que le quedaba por hacer,

con hierros á los pies y las piernas hinchadas por la fatiga, destruyó bien pronto hasta la huella del placer momentáneo que le había causado la vista de su tierra natal. Á los tormentos de su imaginación, se unía una sed ardiente. Iván bajó hacia el riachuelo que corría á poca distancia para llevar agua á su amo : encontró un puente formado por dos árboles y vió á lo lejos una habitación.

Era una especie de *chalet*, habitación de verano de tchetchenges, que se hallaba abandonada. En la situación de los fugitivos, esa casa aislada era un descubrimiento precioso. Iván fué á arrancar á su amo de sus meditaciones para conducirlo al refugio que acababa de descubrir, y, después de dejarle allí instalado, púsose en seguida á buscar el almacén ó, digamos, despensa.

Los habitantes del Cáucaso, que en su mayoría son medio nómadas y expuestos á menudo á las incursiones de sus vecinos, tienen siempre cerca de sus casas subterráneos en los que ocultan sus provisiones y sus efectos. Esos almacenes, que afectan la forma de un pozo estrecho, están cerrados por medio de una losa ó ancha piedra cuidadosamente cubierta de tierra y están siempre colocados en los sitios donde falta la grama, temerosos de que el color de la hierba denuncie el depósito. Á pesar de estas precauciones, los soldados rusos los descubren á menudo; golpean el suelo con la baqueta del fusil en los senderos abiertos que hay cerca de las habitaciones, y el ruido hueco les enseña las cavidades que buscan.

Iván descubrió una de ellas bajo un cobertizo unido

á la casa, y allí encontró varios cacharros, algunas espigas de maíz, un pedazo de sal gemma y diversos utensilios de uso doméstico. Corrió á buscar agua para establecer la cocina : el pedazo de carnero y algunas patatas que traía fueron colocados en el fuego. Mientras se preparaba la comida, Kaskambo tostaba las espigas de maíz; en fin, algunas avellanas encontradas aún en el almacén completaron el festín.

Cuando éste fué acabado, Iván, que ya podía disponer entonces de más tiempo y medios, logró librar á su amo de los hierros; y éste, más tranquilo y restaurado por una comida relativamente excelente, se durmió profundamente, no despertándose hasta muy entrada la noche. Á pesar de este reposo favorable, cuando quiso emprender de nuevo el camino, sus piernas hinchadas se habían entumecido hasta el punto de que no podía hacer el menor movimiento sin sentir dolores insupportables. Fué preciso, sin embargo, partir. Apoyado en su asistente, púsose en camino con tristeza, persuadido de que no había de llegar al término deseado. El movimiento y el calor de la marcha mitigaron poco á poco los dolores que sentía. Caminó toda la noche deteniéndose á menudo y volviendo á emprender en seguida el camino. Algunas veces también, dejándose llevar por el desaliento, se arrojaba en el suelo, rogando á Iván que le abandonara á su mala suerte. Su intrépido compañero, no sólo le daba ánimo con sus palabras y su ejemplo, sino que tenía que emplear casi la violencia para levantarlo y llevarlo consigo.

Encontraron en su camino un paso difícil y peligroso